

Juventud y migración en la Costa Chica

Haydée Quiroz Malca*

Introducción

El estado de Guerrero, tal y como sucede en la mayor parte de la República Mexicana, es una entidad que no se escapa de experimentar el fenómeno migratorio. La Costa Chica, como se menciona en otro apartado de este mismo texto, es un área marcada con una gran diversidad cultural, entre la que sobresalen los afrodescendientes. Esta región no había tenido una trayectoria de expulsión de mano de obra hacia otras zonas del país ni a Estados Unidos. Es durante esta última década que el proceso migratorio ha sufrido un fuerte incremento, lo que ha provocado una serie de cambios y reestructuraciones en distintos aspectos de la organización social de las comunidades que la integran. Es por ello que en este texto presentaremos los primeros avances de la investigación que venimos desarrollando, relacionados con los efectos de los fuertes movimientos de población en las expectativas y los planes futuros de los jóvenes, concretamente, del grupo de población de origen africano.

A partir del análisis de un ejercicio realizado con un conjunto de estudiantes de una escuela secundaria de Cuajinicuilapa, Guerrero, presentamos una hipótesis sobre los cambios y las permanencias en los planes de vida que los jóvenes visualizaron en el momento de redactar su composición (Añorve, 2006), en la que se les pidió que narraran por escrito cuáles serían sus sueños en diez años adelante.

Antecedentes

Haremos una breve ubicación de los elementos que tendríamos que considerar para comprender los cambios que se han dado en las expectativas y planes a futuro de los jóvenes. Al parecer, estas nuevas aspiraciones estarían asociadas con elementos externos, es decir, económicos, sociales y

* Doctora en Antropología Social, profesora-investigadora, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.



políticos nacionales y globales que han ejercido —y continúan haciéndolo— fuertes influencias en sus respectivas comunidades y sus grupos domésticos.

Habría que señalar que los cambios de los que pretendemos dar cuenta no han surgido de repente, sino que son producto de los movimientos más generales en la recomposición del sistema-mundo, que pasó —como uno de los cambios más evidentes— de ser preponderantemente rural a preferentemente urbana. Este proceso se reflejó a lo largo del país de manera diferenciada. Es preciso recordar que, históricamente, la región Costa Chica no estuvo totalmente integrada ni al modelo colonial ni al capitalista. Como ya lo señalara Jesús Hernández (2002), era una región relativamente autárquica, la producción ganadera servía para el consumo regional y los excedentes se exportaban hacia puntos de concentración comercial/poblacional, como Acapulco y Puebla. Esto por el sistema de arrieraje en caminos de herradura.

En el siglo XX, una prueba de este modelo fue la ausencia de carreteras; recién en los años sesenta del siglo pasado se inició la construcción de la vía que une, en la actualidad, a Acapulco con los poblados de la Costa Chica y que se prolonga hacia el sur. Los ríos caudalosos (que implicaban construcción de puentes) eran en parte la explicación, pero si hubiera existido algún producto importante que extraer, probablemente la carretera se hubiera construido antes (Quiroz, 1998). El surgimiento y presencia de guerrilla en todo el estado fue un factor que colaboró para integrarlo en esa época, por medio de un mejor sistema carretero. Otro factor, que también influyó, fue el natural crecimiento demográfico.

El aparente “aislamiento” empezó a cambiar con la apertura de nuevas vías de comunicación y, de manera paralela, con la expansión de los medios masivos de comunicación, como la radio y la televisión. Parece ser que como producto de la conjunción de este acumulado de hechos, a partir de los años sesenta, se iniciaron paulatinos movimientos migratorios al puerto de Acapulco, Lázaro Cárdenas, Guadalajara y a la ciudad de México (centros importantes de atracción de mano de obra).

Algunas décadas más tarde, uno de los eventos que incidió muy fuertemente en las oleadas migratorias fue la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC). Aunado a esto, la reforma al artículo 27 constitucional, en 1992, durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Las



modificaciones a la Constitución, de acuerdo con Fujiyaki (2004: 82-83), establecieron “un régimen sobre el sector rural según un criterio de modernidad, en el que se toma en cuenta el atraso prevaleciente, la desorganización y la inseguridad de dicho sector”, mismas que “se realizaron dentro del marco de la modernización neoliberal emprendida por el gobierno salinista y pretendían que el sector rural superara el bajo desarrollo que había experimentado desde mediados de los sesenta”.

Este proceso generó la privatización del campo mexicano, que aunada a la crisis de los noventa, incidió marcadamente en la región. Situación que se constató con evidencias etnográficas levantadas durante el proceso de investigación sobre la producción de sal (Quiroz, 1998). Si bien hasta ese entonces existía un proceso interno de migración temporal regional y eventualmente nacional, la internacional se observaba muy ocasionalmente en algunas de las cabeceras municipales, hasta los primeros años de la década de 1990.

Después de 1994, pareciera que se detonó una explosión, y el fenómeno de expulsión de mano de obra se difundió en muchos de los grupos domésticos de los municipios, pero se fue ampliando hacia las comunidades más pequeñas y se volvió un hecho generalizado. Como señalamos en un trabajo anterior (Quiroz: 2004), se observó el surgimiento de pruebas evidentes de la expansión migratoria, expresadas en una serie de cambios en la infraestructura y equipamiento en las viviendas. En las cabeceras municipales se constataba la aparición de agencias de viajes, casas de cambio y la apertura de sucursales de tiendas Elektra.

La migración había llegado para quedarse, pero ahora veamos qué sucede con la categoría de juventud. Al revisar cómo surgió y la aplicación en pesquisas concretas, nos dimos cuenta de que, básicamente, ha sido utilizada como una herramienta analítica para sociedades urbanas (Reguillo, 2003: 357-360). Han sido pocos trabajos con grupos de jóvenes ubicados en localidades de baja concentración de población, denominadas genéricamente rurales o neo-rurales, salvo algunas excepciones, como los trabajos de Esteinou (2005), Cobos (2004) y otros. Por esta razón, carecemos todavía de categorías que den cuenta de estos procesos en áreas no urbanas. Para dar cuenta de los cambios, se ha usado la categoría de nuevas ruralidades o, como Rosario Esteinou (2005: 108-114) sugiere llamar al lugar donde investigó: semi-rural o semi-urbano, que resulta bastante ambigua. Esta denominación se asocia, como la misma autora lo explica, al sentido que



tiene en la realidad, ya que son localidades que se encuentran en complejos procesos de cambio y no responden a las clásicas definiciones dicotómicas de rural o urbana. Lo que es evidente es que hay que construir nuevas categorías que den cuenta de los procesos cambiantes.

La categoría “juventud”, la tomamos como una construcción cultural, similar al género, la raza o la etnia. Por esta misma razón, es obvia la imposibilidad de trasladar automáticamente los conceptos construidos a partir de las experiencias urbanas. Es diferente ser joven en una ciudad europea, que latinoamericana; así como también lo es ser joven en una ciudad con varios millones de habitantes, que serlo en poblaciones pequeñas y con baja densidad demográfica. Otro elemento a considerar es la posición económica de la unidad doméstica, a la que un joven, varón o mujer, pertenezcan y que a su vez marcará su experiencia de maneras distintas.

Una consideración metodológica importante que señalamos es que los jóvenes, como cualquier actor social, están adscritos a sus respectivas unidades domésticas que, como lo afirma Wallerstein (2004: 224-239) son el pilar menos estudiado de la economía- mundo capitalista. Se entiende como grupo doméstico a la mancomunidad de ingresos más importante y cuyos límites y componentes están sometidos a cambios continuos, donde los ciclos y tendencias globales afectan su estructura a través de la intervención de la maquinaria estatal que los cambia y remodela.

Es por todo ello que nos interesa plantear la problemática de los efectos de la migración en los jóvenes, a partir de sus espacios de socialización, tanto productiva como participativa. La primera en su unidad doméstica y la segunda en los papeles protagónicos que desempeñan en las fiestas y danzas, como elementos importantes en la construcción de las identidades juveniles y de sus grupos culturales mayores —afrodescendientes— que los hacen parte también de una región.

La situación

Así pues, a partir de esta muy breve contextualización de la migración internacional en la región y de cómo entendemos juventud, es que proponemos un examen preliminar sobre los cambios y las permanencias en las expectativas de vida de los jóvenes en la actualidad. Éstos, a diferencia de sus padres, han experimentado este fenómeno mucho más directamente, e incluso son los protagonistas mayoritarios del mismo. Por ello, señalaremos someramente algunas características



que se habían detectado antes de su generalización, y lo que, por contraste, hemos podido observar en el ahora.

Antes...

De acuerdo con lo observado en el trabajo de campo que se llevó a cabo en la región, desde 1989 existían ciertas normas culturales o expectativas que suponían que la vida de los niños primero, y jóvenes después, iría más o menos en el siguiente orden: asistir a la escuela primaria, eventualmente a la secundaria, aprender los oficios de los padres o madres, relacionados con las actividades económicas de la ganadería, la agricultura, la pesca, o alguna actividad artesanal como la producción de sal, pan y barro y el pequeño comercio. Esta capacitación para el trabajo se iniciaba desde temprana edad, y era señalada por el género. Las actividades masculinas y femeninas estaban y continúan estando marcadas culturalmente. Los niños y las niñas, desde muy pequeños, acompañan a su padre o madre en un proceso de aprendizaje cotidiano. Aunque, llegada la edad, tenían el compromiso de asistir a la escuela, en la mayoría de casos no había la expectativa de continuar los estudios que los orientaran hacia una profesión. Era necesario tener conocimientos básicos que les ayudarían en sus relaciones de compra-venta de sus productos y con el mundo exterior. Se esperaba que se casaran a temprana edad y de hecho así lo hacían. En una revisión que se hizo (Quiroz, 1998: 198) del libro de registro de los matrimonios de 1992 en el Palacio Municipal de Cruz Grande, se constató que la edad de matrimonio se concentraba en las mujeres, con un 84.9%, y los varones un 62.5%, en el rango de 14 a 23 años. La tendencia general era a contraer matrimonio a temprana edad. Frecuentemente, había muchachas que se casaban a los 13 o 14 años, en cuyo caso era necesario solicitar una dispensa especial de la Iglesia católica.

Desde la huida y el posterior compromiso o “parecer”, las normas culturales señalaban que las mujeres jóvenes se incorporarían inicialmente al grupo doméstico del varón, y luego de un tiempo —variable— les asignaban un espacio para su propia vivienda, la cual no requería de grandes inversiones al ser construida por la propia familia y con materiales del lugar. Para esto, ya habrían llegado los hijos y así paulatinamente se constituían en otro grupo doméstico independiente, contando con tierras, ganado y/o espacios para la producción de sal, y/o herramientas para el trabajo artesanal. Todo esto dependía de los recursos de las unidades domésticas.



Este modelo, que era el “ideal”, ha ido cambiando, aunque existen características que en la actualidad se mantienen, también hay ajustes que describiremos en los siguientes párrafos.

Ahora...

El patrón tradicional, descrito líneas arriba, en menos de quince años ha sido trastocado. Los niños y jóvenes continúan asistiendo a la escuela, pero los años de permanencia en ésta se han prolongado. De acuerdo con la información oficial (INEGI, 2005) se ha podido constatar que la educación media y superior han extendido su cobertura y también se ha elevado la proporción de jóvenes que asisten a estos centros educativos. Hablamos de Preparatorias, Centros de Bachillerato Tecnológico Agropecuario (CBTA) y Bachilleres. Incluso se ha establecido una sede de la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad Autónoma del Estado de Guerrero, en Cuajinicuilapa. Esto no quiere decir que los niños y niñas hayan dejado de aprender y socializarse bajo los patrones tradicionales, pero lo hacen siendo conscientes de que es pasajero, y que ahora tienen otras opciones en la vida, en especial salir a trabajar al “Norte”.

Lo anterior, sumado a otros elementos como la difusión de modelos globales de consumo a través de los medios masivos, han hecho que los sueños o aspiraciones de los jóvenes cambien y se imaginen con futuros diferentes, lo cual no significa, necesariamente, que esto se vuelva realidad.

Nuestra argumentación se basa en la narración que hicieron jóvenes estudiantes en Cuajinicuilapa en una composición (Añorve, 2006) sobre cómo se imaginarían o soñarían su vida en diez años adelante. En los testimonios, encontramos que los jóvenes coinciden en muchos sueños hacia el futuro, aunque se puede notar que el elemento de migración está presente en la mayoría de sus relatos, y en muchos casos planean salir a trabajar, o a estudiar, fuera de su lugar de nacimiento.

Un aspecto que los jóvenes expresan reiteradamente es su deseo de estudiar una carrera profesional, para después ayudar a su familia y mejorar su propia situación, es decir, construir su propia casa en el pueblo y comprar un coche. Pareciera que, según su imaginario, tener una carrera profesional les asegura un trabajo y por lo tanto el éxito material. Antes se aspiraba a reproducir el modelo de los padres en las distintas actividades que desarrollaban; no tenemos



registro de que alguna persona nos haya narrado que quisiera estudiar y ser profesionalista. Lo que se hacía algunas veces era salir de las comunidades más pequeñas hacia las cabeceras municipales para estudiar o trabajar, encontrar un mejor prospecto de matrimonio, aunque muchos al final regresaban a sus pueblos, porque se comprometían con alguien de su propia localidad.

Irse a Estados Unidos es otra de las opciones que los jóvenes incluyen naturalmente en sus alternativas. Las razones pueden variar: desde una elección para generar ingresos que se complementa en algunos casos con el hecho de reunirse con algún familiar que ya esté trabajando allá (padres, esposos, hermanos, primos), es la opción que permite, en primer lugar, la reproducción de su grupo doméstico (mejora en el consumo y condiciones de vida). Sumado a esto, será posible construir una casa —bajo los nuevos parámetros— o invertir en la compra de ganado o adquirir un coche o poner un pequeño negocio. Migrar a Estados Unidos es una decisión pensada en beneficio de los demás integrantes de su grupo doméstico, aunque se reconozcan las consecuencias afectivas que esta decisión les pueda causar a ellos mismos y a su entorno familiar más inmediato.

Aunque, como cualquier situación, siempre tiene dos lados, es por ello que, en la Costa Chica hay muchas maneras de observar cómo el Norte ha sido apropiado y refuncionalizado por los jóvenes. Un ejemplo es la presencia de cholos en las comunidades. Se vuelve una manera de ser diferente en las poblaciones, que los distingue por un modo de vestir, de hablar y de actuar frente a su propia sociedad. Es producto de una mixtura cultural del allá y del acá. Hay que mostrarse distinto, sin dejar de ser de la comunidad. Por otro lado, ser cholo también puede implicar consumo de drogas y actitudes violentas y rebeldes frente a las normas.

Hemos observado el crecimiento del consumo de drogas, alcohol y la violencia al interior de los grupos domésticos y en las comunidades. Éste es uno de los efectos, originado en parte por el dinero que viene de las remesas, conjugado con la ausencia de los padres, lo que ha producido grandes carencias afectivas y desencuentros con los abuelos. Algunos jóvenes incluyeron en su composición el consumo de drogas como uno de sus sueños futuros, tal vez como realidad o expresando una forma de provocación e irreverencia. Es uno de los temas que se tiene que seguir trabajando.



Es importante señalar que el matrimonio es uno de los sueños más recurrentes de los y las jóvenes. En sus narraciones, reflejan casi por igual el anhelo de construir una vida a lado de una persona que los “quiera y procure”. Para ellos, el ideal de ser adulto es tener hijos y criarlos junto con la pareja. La creación de su propio núcleo social es y ha sido un valor cultural importante para la comunidad, y aunque en el imaginario aparezca la familia nuclear como el modelo “ideal” para los jóvenes, la familia extensa también es contemplada en la construcción del futuro.

El aspecto de la pareja y familia, en realidad, se mantiene según el modelo que llamamos tradicional, aunque ahora bajo nuevas circunstancias. Muchos migran al norte, sin haberse casado aún. Allá pueden ponerse de novios como se hacía antes aquí, es decir, se llevan a la muchacha a vivir con los parientes del joven. Después formalizan el compromiso con la familia de la muchacha, a través de llamadas telefónicas a sus comunidades de origen. Los arreglos para las fechas de las bodas son mucho más flexibles. Los plazos para celebraciones del matrimonio, que antes tomaba entre uno y cuatro meses, ahora puede tardar de uno a varios años. Hay preferencia para regresar a su comunidad de origen para festejar. Como siempre, ha sido una celebración costosa, pero la diversión es colectiva, y se continúan tejiendo importantes redes de reciprocidades.

Algunas reflexiones finales

Hemos presentado algunos comentarios que reflejan los deseos y aspiraciones de los jóvenes de origen africano de la Costa Chica. Aunque estos sueños tal vez no se hagan realidad en todos los casos, lo que es importante es que nos dan una idea de los cambios y también las permanencias de los patrones culturales que están vigentes en la región.

Si pensamos en el antes, éste sería el espacio donde se encontrarían las matrices culturales más básicas, que tomamos como puntos de partida imaginarios, sobre los que podemos pensar los cambios en la forja de cultura como un proceso sin fin; como lo sugería Wolf (1987: 468), se expresa en diversos aspectos, se recrea y refuncionaliza de acuerdo con la situación social, política y económica internacional y del país y por supuesto con las particularidades culturales de cada comunidad, así como los arreglos que se pueden dar al interior de los grupos domésticos y a las decisiones personales que un individuo pueda tener. Nuestro mayor reto es mostrar la dinámica en la cultura, pero a su vez pensarla no solamente como una imposición del sistema-



mundo y de la globalización, sino explicar cómo estos movimientos sociales son asimilados, procesados y refuncionalizados.

Parece que todavía tenemos una larga tarea sobre la juventud y su problemática en áreas que aun no han merecido nuestra atención, tal es el caso de las “nuevas ruralidades”. Es posible que la comprensión de los problemas que aquí se presentan nos ayuden a flexibilizar nuestras categorías y pensar que hay distintas formas de ser y construir la juventud según el lugar de nacimiento, pero también de acuerdo con la clase social o grupo al que se adscribe cada uno. Otro factor importante que debemos mencionar es el género que, como la generación, se construye y está en movimiento constante. Quedan todavía muchos temas, como la participación de los jóvenes en las danzas (Los Diablos, el Toro de Petate, de La Conquista, Los Apaches, por mencionar algunas) y del sentido y la pertenencia que tienen para ellos estos eventos. Esto es sólo una breve mirada a una compleja realidad y los retos que nos propone.

